

¿Cómo restituir, pues, al contenido revolucionario del marxismo, cuando el marxismo es praxis? Aplicando al marxismo la crítica marxista misma. Volviendo la dialéctica del materialismo histórico al estudio de la historia de la dialéctica materialista. Desideologizando lo que en el propio marxismo pueda haber de ideología. Sólo así cabría descubrir, desde su entraña misma, las verdaderas causas de la degradación del marxismo: de la decadencia de la revolución.

Y sucede que, desde el marxismo, la consideración marxista de la filosofía como simple ideología esconde, a su vez, una ideología más. La que oculta su conexión dialéctica con la realidad olvidando que toda filosofía es —como afirmaba Hegel— "su tiempo comprendido en ideas". Pues, en cualquier caso, filosofía e ideología constituyen fuerzas tan reales como actuantes. Lo iluso es, justamente, considerarlas como ilusiones. E intentar marginar la filosofía como algo que no tiene nada que ver con el marxismo, no es otra cosa, en definitiva, que intentar hacer del marxismo una especulación pura. Precisamente lo que éste no es ni quiere ser. Ni especulación ni ciencia abstracta: movimiento real surgido de lo real para transformarlo. Desde esta lógica, muy próxima a la racionalidad lukacsiana de "Historia y conciencia de clase", el marxismo sería una filosofía revolucionaria que se extinguiría al realizarse y sólo realizándose podría extinguirse. "No podréis suprimir la filosofía sin realizarla", tal sería el resultado último de la cuestión con lo que el trabajo de Korsch, citando a Marx, se cierra. ■ FRANCISCO DIEZ DEL CORRAL.

Espejo para inteligentes

El pasado día 14 tuvo lugar un acto social de importancia: en el Ateneo de Madrid se presentó "Gárgoris y Habidis", esa ficción que sobre la mágica historia de España ha escrito, en lenguaje barroco y apretado, Fernando Sánchez-Drágó. Estaba presente toda la "intelligentsia" madrileña, aburriéndose y sin poder fumar. Decían sus cosas Dámaso Alonso, Julio Caro Baroja, Fernando Savater, Gonzalo Torrente Ballester, Fernandito Arrabal y el profesor Aranguren —de profes-

La crónica de Roland Barthes

LA AMISTAD.—De las cosas que se dicen por ahí de nosotros nos enteramos por medio de nuestros amigos mejor intencionados: "El otro día, sabes, te defendí...". Así me entero de que me han atacado. Se establece entonces una especie de diferencia entre los amigos. Todos me quieren, sin duda, pero sólo algunos conocen el mapa exacto de mis heridas. Quien me hiere sin saberlo, para demostrarme su dedicación, me lastima doblemente: por la información que me ofrece y porque revela no conocerme sutilmente (¿o estará actuando así por pura perversidad?).

PAQUETES.—Lo más difícil de los libros que uno recibe no es hablar de ellos, ni siquiera leerlos, sino abrir el paquete: hay que luchar denodadamente contra el cartón y el papel adhesivo; la lengüeta del embalaje, que debería garantizar una operación de apertura del paquete casi mágica, se rompe; hay que emplear las tijeras, y la guata pulverizada que acolcha el embalaje se derrama por todas partes, se pega a la moqueta, al sillón. Tras lo cual, enorme angustia de los tiempos modernos, hay que liberarse (de todos esos embalajes).

Tal vez injustamente, tengo la impresión de que este encadenamiento excesivo es muy francés; el embalaje es siempre demasiado pesado, demasiado compacto, demasiado cerrado, como si se tratase de retener el mayor tiempo posible la mercancía de no entregarla (aberración de esas etiquetas donde se marca el precio y que se pegan tan bien al objeto que, una vez en casa, uno no puede quitarlas más que raspando, rayando, estropeando para siempre eso cuya adquisición tanto placer nos proporcionó).

"PARSIFAL" (1).—En el cine, el humo puede molestar a los espectadores; de ahí que se prohíba. Pero las risas que, a mis espaldas, acompañan a este film que me conmueve, que me encanta, que admiro, no están prohibidas por ninguna ley, lo que no impide que me hieran. Porque aquella tarde el público se reía precisamente, al menos así me lo parecía, de todo lo que había de sensible y lo que más me gustaba en el film de Rohmer: un arte de la narración, el sabor de un lenguaje diferente y, sin embargo, claro, el encanto de una palabra asonantada, el relieve de los personajes, la sutilísima relación entre la literatura y la imagen y, para decirlo todo, una especie de nobleza, de benevolencia, de bondad.

Es verdad que hay en "Parsifal" momentos de liberadamente graciosos. Pero cuando la risa del público es pura burla o se debe a una especie de grosería de los sentimientos, cuando uno se ríe de un autor a espaldas de éste, entonces aparece la barbarie.

Pase que el público se ría de palabras como "doncella", "holgar", "ramera", todos los chavales lo han hecho alguna vez; pero retir de la "simpleza" del héroe (ahora bien, el film de Rohmer es precisamente eso: simple, en todos los sentidos de la palabra) es afirmar el rechazo de la diferencia. Retir equivale a decir: no entiendo otra cosa, no quiero otra cosa, deseo lo mismo; quiero solamente una Edad Media en la que nada es diferente de como es todo hoy, salvo las costumbres. ■

© TRIUNFO y "Le Nouvel Observateur".

(1) "Perceval", en la V. O.

sión, cristiano—; moderaba a todos los moderados el sensatísimo Luis Racionero, "underground" oficial del Reino.

Cada uno de los arriba citados habló de sus cosas y muy poco del libro: García Calvo nos puso

en guardia contra la superstición, como un ilustrado del siglo pasado; Dámaso Alonso habló de las audacias gramaticales y léxicas del libro; Arrabal mostró sus evidentes simpatías hacia el cristianismo, Jesús y —como siem-

pre— él mismo, y Aranguren habló de García Calvo. El único que dijo algo —con palabra torpe, pero con rotunda inteligencia— del libro, y de lo que el libro significa, fue Julio Caro Baroja. Después de que hablasen los ilustres, tuvo la palabra el público asistente; un público que, en su mayor parte, tampoco había leído el libro.

"Gárgoris y Habidis" es una buenísima novela, elaborada a partir de hechos de la historia mágica de España. Y su autor es un hombre sensato, un buen narrador y un poeta muy apreciable. Su talento publicitario le ha llevado al éxito y a reunir en torno a sí a esta nutrida muestra de profesores y ácratas. Lo que resulta muy raro de toda esta historia es ver cómo los ácratas coinciden con los profesores, cómo cuentan lo mismo, cómo nadie quiso hablar del contenido libertario del libro —rico él, crítico él— y prefirieron todos irse por

Fernando Savater, García Calvo, Aranguren, Dámaso Alonso, Caro Baroja, Torrente Ballester y Arrabal, en el Ateneo de Madrid.



las ramas de la dialéctica pesada y doctoral. Nos aburríamos todos mucho, no tomamos copas y no pudimos fumar. Ni tampoco mantener una charla abierta sobre un libro que lo es todo menos doctoral y cerrado, que se prestaba a muchas interpretaciones que no se dieron. Pero, a pesar de todo, la novela larguísima —cuatro tomos— de Sánchez-Drágó merece ser leída. ■
EDUARDO HARO IBARS.

Teoría crítica y sociología

La sociología estuvo de moda en la última década del franquismo, dándose una explosión de vocaciones sociológicas manifestada en la asistencia masiva a los centros donde bien, mal, o regular se impartía esa enseñanza. Sin embargo, la mayoría de esas vocaciones se caracterizaban por una cierta irracionalidad, desco-

nociéndose lo que era la sociología. Durante una primera etapa se llegaba a la sociología por la praxis —política, religiosa, social— personal del futuro sociólogo, que buscaba una explicación de los fenómenos en que se veía inmerso, pero más tarde se esperaba que la sociología fuera el instrumento de contestación al contorno social, con el que se estaba en desacuerdo. Así, el descubrimiento de la teoría y la me-

todología sociológicas frustró a muchos de sus partidarios iniciales.

Casi por las mismas razones tuvo lugar una masiva adscripción a la escuela crítica. Sonaba bien, y en España se deseaba contestar y criticar, especialmente cuando nos llegaron los ramalazos del "mayo francés". Pero ni la aparición de la Escuela Crítica de Ciencias Sociales, cuya relación con la verdadera escuela crítica era sólo esporádica o circunstancial, a pesar de sus muchos méritos, ni el surgimiento de muchos sociólogos con interés de criticar a la sociedad, e incluso a la sociología, implicaron que hubiese el suficiente conocimiento de la escuela de Frankfurt, ni de Adorno, ni de Horkheimer.

"Teoría crítica y sociología", escrito por una de las jóvenes promesas de la sociología (1) —y si no, al tiempo—, no se puede decir que sea un trabajo que participe totalmente de la orientación sociológica crítica. Es más bien un conjunto de perspectivas con pretensiones de síntesis, que recogen aspectos de la escuela crítica con sustanciales aportaciones de otras orientaciones sociológicas, que complementan una visión de la situación de las principales corrientes de la teoría sociológica, a lo que añade también su autor, Rodríguez Ibáñez, sus propias consideraciones. Con todo ello no sólo obtenemos un acercamiento al conocimiento de la escuela crítica, en momentos también con cierto sentido crítico, sino que además nos abre perspectivas que permanecían

(1) José Enrique Rodríguez Ibáñez. "Teoría crítica y sociología". Ed. Siglo XXI de España. Madrid, 1978. 177 páginas.

José Enrique Rodríguez Ibáñez.



ADIOS A LAS LETRAS

Entra en la Academia Sueca

Entra Rafael Alberti en el estrecho cenáculo que forman en su local de Madrid los comunistas españoles.

—Pasa, Rafael, que tú siempre eres el presidente.

Pasó Rafael, ayudado por Santiago Carrillo, que rescató su cigarro al tiempo que agarraba del brazo, levemente, a su ilustre y letrado camarada.

Que no, que él no quería sentarse en la presidencia. "Que si hombre —insistía Carrillo—, que donde tú estés está siempre la presidencia".

El proletariado, el teórico y el práctico, siempre se ha logrado inventar sus presidencias, para que las diferencias entre el deseo de poder universalmente compartido y la realidad del poder universalmente restringido no choquen frontalmente.

Alberti se sentó, incómodo, junto a sus camaradas dirigidos, compartiendo por unos minutos ese regusto que sienten los poetas cuando los rescatan de la calle y los sitúan en la presidencia.

Antes Alberti ganaba ángeles, pintura o escanios. Ahora Alberti gana en presencia física, en presidencia, y mirado con esos ojos aguados que una vez trasladó al Parlamento, para sacarlos pronto, como gaditanos espantados.

Ahora ha vuelto, levemente, como aprietan las manos de Carrillo, al redil político.

A él le hubiera gustado volver nimbado por el Nobel, pero sólo dan uno al año para que no haga daño, y Alberti no ha tenido oportunidad de indigestarse aún. Aquí, una vez más, el deseo ha sido burlado por la realidad.

En aquella reunión, posterior a las elecciones generales, y anterior a las municipales, Rafael Alberti rumiaba algo. Se le veía ensimismado, emmorado del aire. Estaba el hombre en trance.

Detrás, de pie, junto a su propio "poster", como un "poster" humano que llevara, físicamente, su voto a trabajar, estaba Ramón Tamames, recorriendo con su mirada de gimnasta feliz el mundo de bolígrafos que anotaban lo que Santiago Carrillo iba diciendo, con su voz de café de antes del almuerzo.

Nadie reparó en Tamames, disfrazado de Violante municipal, era el que tenía en aquel trance a Rafael Alberti. Y Rafael Alberti parecía, en efecto, hallarse en un aprieto.



Rafael Alberti.

Pero le salió, al final le salió. Ramón Tamames le había pedido un poema, como una bendición municipal, para ganar las futuras elecciones municipales.

Hombre obediente y amable, amante de los suyos, Alberti accedió al propósito, y helo ahí, radiante e impreso, el poema que llevaría a Tamames a la Alcaldía. Antes Ramón Tamames escribía novelas para salir de la cárcel, ahora pide poemas para salir de alcalde.

La Academia Sueca podía considerar que el poema que Tamames recibió de Alberti marca un hito en la historia política de España. ¿No premiaban en Estocolmo, a veces con el concurso del ilustre caribeño Justo Jorge Padrón, a los poetas o literatos de países oprimidos, o de aquellos que pasan de la dictadura a la democracia? ¿Y no quedamos en que cuando realmente España será democrática ha de ser cuando culmine lo que se llama en la prensa "este proceso electoral"? Proceso electoral: este país es muy aficionado a los procesos y a los juicios.

Debe estar ya en todas las mesas de la noche electoral del país: "Entra en el Ayuntamiento. / Vota PCE y ese día / todo el sol será Alcaldía, / todo el aire nuevo aliento. / Si sueñas vivir contento, / nunca tu voto derrames / sin saber antes por qué. / Vota por Ramón Tamames, / el alcalde del PCE. / Vota PCE".

Me imagino yo los versos derramados, los votos desparramados. Todo el sol será Alcaldía. ¿Y Alcaldía qué es? ¿Y tú me lo preguntas? Alcaldía eres tú, Ramón. ■ SILVESTRE CODAC.